LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

EPICTETO

El arte de vivir



Texto original en español

LECTURA COMPLETA · Nº 106

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

EPICTETO

El arte de vivir

Texto original en español

El arte de vivir, de Epicteto. Texto original en español. Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/el-arte-de-vivir-epicteto/.

Sobre esta obra

El arte de vivir recoge las máximas de Epicteto, esclavo liberado que enseñó filosofía estoica en Roma y luego en Nicópolis. Su enseñanza parte de una distinción fundamental: hay cosas que dependen de nosotros (nuestros juicios, deseos e impulsos) y cosas que no (el cuerpo, la fama, la riqueza, la muerte).

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. El arte de vivir: Manual de vida. Epicteto
2. Introducción
3. El Enquiridión o discursos de Epicteto. I
4. II
5. III
6. IV
7. V
8. VI
9. VII
10. VIII
11. IX
12. X
13. XI
14. XII

15. XIII
16. XIV
17. XV
18. XVI
19. XVII
20. XVIII
21. XIX
22. XX
23. XXI
24. XXII
25. XXIII
26. XXIV
27. XXV
28. XXVI
29. XXVII
30. XXIX
31. XXX
32. XXXI
33. XXXII
34. XXXIII
35. XXXIV
36. XXXV
37. XXXVI
38. XXXVII

39. XXXVIII
40. XXXIX
41. XL
42. XLI
43. XLII
44. XLIII
45. XLIV
46. XLV
47. XLVI
48. XLVII
49. XLVIII
50. XLIX
51. L
52. LI
53. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

01

El arte de vivir: Manual de vida. Epicteto

Empieza: «»

108

Origen: En.Wikisource.Org

Traducción: Elejandría

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público¡Esperamos que lo disfrutéis!

02

Introducción

Empieza: «El pequeño libro de Epicteto llamado Enquiridión o "manual" ha desempeñado un papel desproporcionadamente grande en el surgimiento de las actitudes modernas...»

El pequeño libro de Epicteto llamado Enquiridión o "manual" ha desempeñado un papel desproporcionadamente grande en el surgimiento de las actitudes modernas y de la filosofía moderna. Tan pronto como fue traducido a las lenguas vernáculas, se convirtió en un éxito de ventas entre los intelectuales independientes, entre los pensadores anticristianos y entre los filósofos de corte subjetivo. Montaigne tenía un ejemplar del Enquiridión entre sus libros. Pascal rechazó violentamente el orgullo megalómano del filósofo estoico. Federico el Grande llevaba el libro consigo en todas las campañas. Fue una fuente de inspiración y estímulo para Antonio, conde de Shaftesbury, en la grave enfermedad que acabó con su muerte; muchas páginas de sus diarios contienen pasajes copiados del Enquiridión. Ha sido estudiado y ampliamente citado por filósofos escoceses como Francis Hutcheson, Adam Smith y Adam Ferguson, que valoraban la filosofía moral estoica por su conciliación de la dependencia social y la independencia personal.

Que haya habido un renacimiento del estoicismo en los siglos de renacimiento que marcaron el surgimiento de la era moderna no

fue mera casualidad. Las condiciones filosóficas, morales y sociales de la época se unieron para provocarlo. El estoicismo romano se había desarrollado en tiempos de despotismo como una filosofía de almas solitarias y valientes que habían reconocido el poder redentor de la razón filosófica en todos los fines morales y sociales de la vida. La filosofía como forma de vida hace a los hombres libres. Es la última batalla de la libertad en un mundo de servidumbre. Muchos elementos de la nueva era condujeron a un pensamiento que tenía afinidad estructural con el estoicismo romano. Los tiempos modernos habían creado al pensador independiente, al intelectual libre en una civilización secular. Los tiempos modernos habían destruido las libertades medievales y habían establecido el nuevo despotismo del estado absoluto apoyado por la autoridad eclesiástica. Las filosofías modernas continuaron la tendencia básica del estoicismo de hacer de la conciencia subjetiva el fundamento de la filosofía. El énfasis estoico en los problemas morales era también atractivo en una época de rápida transición en la que se cuestionaban y reconsideraban todos los valores que antes se daban por sentados.

Si bien es interesante observar la variedad de efectos producidos por este pequeño volumen, este epítome del sistema estoico de filosofía moral, estos efectos parecen aún más notables cuando consideramos que no estaba destinado a ser un tratado filosófico sobre el estoicismo para estudiantes. Más bien debía ser una guía para el estudiante avanzado de estoicismo, para mostrarle los mejores caminos hacia la meta de convertirse en un verdadero filósofo. Así, Epicteto y su Enquiridión ocupan una posición única en el estoicismo romano. Séneca y Marco Aurelio habían elegido la filosofía estoica como el sistema más adecuado para expresar sus

problemas existenciales de independencia, soledad e historia. En esta empresa, Séneca avanzó enormemente hacia las ideas de la psicología social como subproducto de su conciencia de decadencia (en esto estaba cerca de Nietzsche), pero no se preocupó principalmente por la unidad del sistema estoico. Marco Aurelio transformó la doctrina filosófica en el régimen del gobernante solitario. A diferencia de ambos, Epicteto enseñaba la filosofía estoica como doctrina y como forma de vida. El Enquiridión es un resumen del estoicismo teórico y aplicado.

Epicteto era hijo de una esclava y nació entre el 50 y el 60 d.C. en Hierópolis, en Frigia. No sabemos cómo llegó a Roma. Estuvo allí como esclavo de uno de los distinguidos libertos de Nerón que servía como secretario del emperador. Mientras estaba al servicio, Epicteto tomó cursos con Musonio Rufo, el filósofo estoico de moda, quien quedó impresionado por la personalidad sincera y dinámica del joven esclavo y lo formó como filósofo estoico. Epicteto se convirtió en un hombre libre y comenzó a enseñar filosofía en las esquinas, en el mercado, pero no tuvo éxito. Durante el gobierno de Domiciano, Epicteto, junto con muchos otros filósofos, fue exiliado de Roma, probablemente entre el 89 y el 92 d.C. Se fue a Nicópolis, al otro lado de Actium, en el Epiro, donde dirigió su propia escuela. Estaba tan bien considerado y era tan apreciado que estableció la reputación del lugar como la ciudad de la escuela de Epicteto. Los estudiantes venían de Atenas y Roma para asistir a sus clases. Los ciudadanos particulares acudían a pedirle consejo y orientación. Algunos de sus alumnos regresaron a sus hogares para emprender las carreras tradicionales a las que estaban socialmente obligados. Otros asumieron el modo de vida filosófico para escapar a la esfera de la libertad estoica.

Entre los alumnos se encontraba un joven romano, Flavio Arriano, que tomó cursos en Nicópolis cuando Epicteto ya era mayor. Flavio, que había nacido en el año 108 d.C., era uno de los íntimos de Adriano, que lo nombró cónsul en el año 130 d.C. Probablemente estudió con Epicteto entre los años 123 y 126 d.C. Las charlas filosóficas informales que Epicteto mantenía con sus alumnos le fascinaban. No hace falta decir que también había cursos sistemáticos en los campos de la filosofía. Pero fueron los discursos informales los que convencieron a Arriano de que finalmente había descubierto a un Sócrates estoico o a un Diógenes estoico, que no se limitaba a enseñar una doctrina, sino que vivía la verdad. Arriano registró muchos de los discursos y conversaciones informales de Epicteto con sus alumnos íntimos. Los taquigrafió para no perder la inefable vivacidad, gracia e ingenio del querido maestro. Arriano se retiró a la vida privada tras la muerte de Adriano en el año 138 d.C. y se dedicó a su labor literaria. Publicó sus notas sobre la enseñanza de Epicteto bajo el título Discursos en cuatro libros. El Enquiridión, que también fue ordenado por Arriano, es un breve resumen de las ideas básicas de la filosofía estoica y una introducción a las técnicas necesarias para transformar la filosofía estoica en una forma de vida.

Así pues, no disponemos de ningún escrito original de Epicteto. Al igual que G. H. Mead en los últimos tiempos, se dedicó por completo a los problemas humanos e intelectuales de sus alumnos. Dejó para ellos la tarea de conservar lo que consideraban el mensaje duradero del maestro. A diferencia de Séneca y Marco Aurelio, Epicteto no tenía un enfoque subjetivo de las doctrinas estoicas. La filosofía moral era el centro de su enseñanza, y la epistemología era sólo instrumental. Incluso es lícito decir que

tomó la física o la cosmología con demasiada ligereza. Si se admite esto, hay que admitir que está completamente absorbido por los fundamentos del pensamiento estoico tal como se presenta en el Enquiridión. La personalidad de Epicteto está totalmente integrada en el acto de razonamiento que establece la conformidad con la naturaleza.

Hay que mencionar una diferencia notable entre los Discursos y el Enquiridión. Los Discursos son una imagen viva del maestro en acción; presentan el proceso de filosofar, no el producto acabado. Muestran al entusiasta y al sobrio, al realista y al patético moralista en perspectivas constantemente cambiantes, determinadas por los cambiantes estudiantes con sus diversas preocupaciones, problemas y preguntas; sus enseñanzas, sus formulaciones, tienen referencia directa a las diversas situaciones de la vida en las que los estudiantes deben aplicar y practicar la enseñanza estoica del maestro. No se omite ninguna situación humana; como guía de conducta, la filosofía tiene relevancia para todos. Ya sea que los alumnos tengan que asistir a una cena, que se encuentren entre competidores en un estadio o en una piscina, que tengan que presentarse en la corte o en una oficina, que estén en compañía de sus madres y hermanas o de amigas, en todas las situaciones humanas el filósofo conoce el consejo correcto para el aprendiz de filósofo. Así, en los Discursos, Arriano presenta la individualidad única del filósofo y de su método moral aplicado en el contacto vivo con diversos alumnos en situaciones concretas. Epicteto, como maestro, se anticipa a los métodos educativos muy modernos en su consideración de la estructura de las situaciones y de las perspectivas cambiantes en las relaciones humanas.

Nada de esto se revela en el Enquiridión. Ha desaparecido el filósofo estoico como espíritu vivo. Lo que queda es el espíritu vivo del estoicismo. El Enquiridión es un manual para el oficial de combate. Esta analogía debe tomarse en serio. Los estoicos romanos acuñaron la fórmula: ¡Vivere militare! (El estudiante de filosofía es un soldado raso, el estoico que avanza es un suboficial y el filósofo es el oficial de combate. Por esta razón, todos los estoicos romanos aplican metáforas e imágenes derivadas de la vida militar. Los aprendices del estoicismo son descritos como mensajeros, como exploradores de Dios, como representantes de la naturaleza divina. El estudiante que avanza y se acerca a la meta de ser filósofo tiene el rango de un oficial. Ya es capaz de establecer la libertad interior y la independencia. Comprende la verdad estoica básica de la conciencia subjetiva, que consiste en distinguir lo que está en nuestro poder de lo que no está en nuestro poder. No están en nuestro poder todos los elementos que constituyen nuestro entorno, como la riqueza, la salud, la reputación, el prestigio social, el poder, la vida de los que amamos y la muerte. En nuestro poder están nuestro pensamiento, nuestras intenciones, nuestros deseos, nuestras decisiones. Esto nos permite controlarnos y hacer de nosotros mismos elementos y partes del universo de la naturaleza. Este conocimiento de nosotros mismos nos hace libres en un mundo de dependencias. Esta superioridad de nuestros poderes nos permite vivir en conformidad con la naturaleza. La filosofía racional de control del Yo y de ajuste al Todo implica una ascesis de la vida emocional y sensible. El filósofo debe examinar y controlar sus pasiones, su amor, su ternura en todo momento para estar siempre preparado para el inevitable momento del adiós. Los estoicos practicaban un jesuitismo avant la lettre. Eran capaces de vivir en el mundo como si no vivieran en él. Para el estoico, la vida

es un campamento militar, una obra de teatro, un banquete al que estamos invitados. El Enquiridión indicaba brevemente las técnicas que el filósofo debía aplicar para representar bien los diversos papeles que Dios podía asignar a aquellos a quienes ama, los filósofos estoicos. Desde las reglas de conducta social hasta las recomendaciones de ascetismo sexual antes del matrimonio, pasando por el método del verdadero pensamiento, el estoico avanzado encontrará en este pequeño volumen todos los principios de perfección y todos los preceptos para realizar los principios filosóficos en su conducta.

Así, el Enquiridión fue liberador para todos los intelectuales que aprendieron de él que hay caminos filosóficos de auto-redención. Desde su época, el pensador secular podía sentirse jubiloso porque no necesitaba una gracia divina. Epicteto le había enseñado que la razón filosófica podía hacerle libre y que era capaz de redimirse por medio de un sólido razonamiento.

En las distinciones estoicas de la personalidad y el mundo, del yo y lo mío, de la conciencia subjetiva y el mundo de los objetos, de la libertad y la dependencia, encontramos implícitos los elementos básicos de las filosofías modernas del racionalismo y del idealismo objetivo o panteísmo. Por esta razón hay un continuo renacimiento del estoicismo desde Descartes, Grocio y el obispo Butler, hasta Montesquieu, Adam Smith y Kant. En este largo desarrollo en los tiempos modernos, el pequeño Enquiridión de Epicteto jugó un papel notable.

Las traducciones de Epicteto y de todos los demás estoicos tuvieron el más amplio efecto sobre filósofos, teólogos y pensadores laicos. Fueron estudiadas por el clero de las distintas

confesiones cristianas, por los científicos que se esforzaban por conseguir una religión natural y por los filósofos independientes que estaban deseosos de separar la filosofía de la religión. Hubo muchos obispos destacados en las iglesias católica y anglicana que estaban deseosos de transformar las tradiciones del estoicismo romano en estoicismo cristiano. Entre las denominaciones calvinistas había muchos pensadores que simpatizaban con los principios morales estoicos por su elogio de la austeridad de vida y del control de las pasiones. Asimismo, los partidarios de la religión natural propagaban el estoicismo como modelo ideal de religión universalmente válida e inteligible. El estoicismo renacentista tuvo tres funciones en el surgimiento del mundo moderno. En primer lugar, reconcilió las tradiciones cristianas con las filosofías racionalistas modernas; en segundo lugar, estableció un patrón ideal de religión natural; y, en tercer lugar, abrió el camino a la autonomía de la moral.

ALBERT SALOMÓN

La Nueva Escuela para la Investigación Social - Julio de 1948

0 3

El Enquiridión o discursos de Epicteto. I

Empieza: «Hay cosas que están dentro de nuestro poder, y hay cosas que están más allá de nuestro poder. Dentro de nuestro poder...»

Hay cosas que están dentro de nuestro poder, y hay cosas que están más allá de nuestro poder. Dentro de nuestro poder están la opinión, el objetivo, el deseo, la aversión y, en una palabra, cualquier asunto que nos pertenezca. Fuera de nuestro poder están el cuerpo, la propiedad, la reputación, el cargo y, en una palabra, todo lo que no es propiamente nuestro.

Ahora bien, las cosas que están dentro de nuestro poder son por naturaleza libres, irrestrictas, sin obstáculos; pero las que están más allá de nuestro poder son débiles, dependientes, restringidas, ajenas. Recuerda, pues, que si atribuyes libertad a las cosas por naturaleza dependientes y tomas para ti lo que es de los demás, te verás obstaculizado, te lamentarás, te molestarás, encontrarás faltas tanto con los dioses como con los hombres. Pero si tomas por tuyo sólo lo que es tuyo y ves lo que es de los demás tal como es en realidad, entonces nadie te obligará, nadie te restringirá; no encontrarás faltas con nadie, no acusarás a nadie, no harás nada en contra de tu voluntad; nadie te hará daño, no tendrás un enemigo, ni sufrirás ningún daño.

Apuntando, por lo tanto, a estas grandes cosas, recuerda que no debes permitirte ninguna inclinación, por mínima que sea, hacia la consecución de las otras; sino que debes renunciar por completo a algunas de ellas, y por el momento posponer las demás. Pero si quieres tener estos, y poseer igualmente el poder y la riqueza, puedes perder estos últimos en la búsqueda de los primeros; y ciertamente fracasarás en aquello por lo que sólo se consiguen la felicidad y la libertad.

Procura, por tanto, ser capaz de decir a toda apariencia desagradable: "No eres más que una apariencia y de ningún modo la cosa real". Y luego examínala según esas reglas que tienes; y primero y principalmente por esto: si se refiere a las cosas que están dentro de nuestro propio poder o a las que no lo están; y si se refiere a algo que está más allá de nuestro poder, prepárate para decir que no es nada para ti.

04

II

Empieza: «Recuerda que el deseo exige la consecución de aquello que deseas; y la aversión exige la evitación de aquello a lo que...»

Recuerda que el deseo exige la consecución de aquello que deseas; y la aversión exige la evitación de aquello a lo que tienes aversión; que el que no consigue el objeto de sus deseos está decepcionado; y el que incurre en el objeto de su aversión es desgraciado. Por lo tanto, si evitas sólo las cosas indeseables que puedes controlar, nunca incurrirás en lo que evitas; pero si evitas la enfermedad, la muerte o la pobreza, correrás el riesgo de ser desdichado. Elimina [el hábito de] la aversión, entonces, de todas las cosas que no están dentro de nuestro poder, y aplícalo a las cosas indeseables que están dentro de nuestro poder. Pero por el momento, refrena completamente el deseo; porque si deseas alguna de las cosas que no están dentro de nuestro poder, necesariamente serás decepcionado; y todavía no estás seguro de las que están dentro de nuestro poder, y por lo tanto son objetos legítimos de deseo. Cuando sea prácticamente necesario que persigas o evites algo, hazlo incluso con discreción, dulzura y moderación.

05

III

Empieza: «Con respecto a todos los objetos que deleitan la mente o contribuyen al uso o son tiernamente amados, recuérdate de qué naturaleza...»

Con respecto a todos los objetos que deleitan la mente o contribuyen al uso o son tiernamente amados, recuérdate de qué naturaleza son, comenzando por las más insignificantes: si tienes una taza favorita, que no es más que una taza a la que le tienes cariño, pues así, si se rompe, puedes soportarlo; si abrazas a tu hijo o a tu esposa, que abrazas a un mortal, y así, si alguno de ellos muere, puedes soportarlo.

06

IV

Empieza: «Cuando te dispongas a realizar cualquier acción, recuerda de qué naturaleza es la acción. Si vas a bañarte, represéntate los incidentes habituales...»

Cuando te dispongas a realizar cualquier acción, recuerda de qué naturaleza es la acción. Si vas a bañarte, represéntate los incidentes habituales en el baño: algunas personas que vierten, otras que empujan, otras que regañan, otras que hurtan. Y así realizarás esta acción con más seguridad si te dices a ti mismo: "Ahora iré a bañarme y mantendré mi propia voluntad en armonía con la naturaleza." Y así con respecto a cualquier otra acción. Porque así, si surge algún impedimento para bañarte, podrás decir: "No era sólo bañarme lo que deseaba, sino mantener mi voluntad en armonía con la naturaleza; y no la mantendré así si estoy de mal humor ante las cosas que suceden."

07

V

Empieza: «Los hombres se perturban no por las cosas, sino por los puntos de vista que toman de las cosas. Así, la muerte...»

Los hombres se perturban no por las cosas, sino por los puntos de vista que toman de las cosas. Así, la muerte no es nada terrible, si no se lo hubiera parecido a Sócrates. Pero el terror consiste en nuestra noción de la muerte, que es terrible. Por lo tanto, cuando nos sintamos perturbados o afligidos, no lo atribuyamos a los demás, sino a nosotros mismos, es decir, a nuestras propias opiniones. Es propio de una persona no instruida reprochar a los demás sus propias desgracias; de una persona que se está instruyendo, reprocharse a sí misma; y de una persona perfectamente instruida, no reprochar ni a los demás ni a sí misma.

08

VI

Empieza: «No te exaltes por ninguna excelencia que no sea la tuya. Si un caballo estuviera eufórico y dijera: "Soy guapo", podría ser...»

No te exaltes por ninguna excelencia que no sea la tuya. Si un caballo estuviera eufórico y dijera: "Soy guapo", podría ser soportable. Pero cuando estés eufórico y digas: "Tengo un caballo hermoso", debes saber que estás eufórico sólo por el mérito del caballo. ¿Qué es entonces lo tuyo? El uso de los fenómenos de la existencia. De modo que cuando estés en armonía con la naturaleza en este aspecto, estarás eufórico con alguna razón; porque estarás eufórico por algún bien propio.

09

VII

Empieza: «Como en un viaje, cuando el barco está anclado, si vas a la orilla a por agua, puedes entretenerte en coger un...»

Como en un viaje, cuando el barco está anclado, si vas a la orilla a por agua, puedes entretenerte en coger un marisco o una trufa en el camino, pero tus pensamientos deben estar inclinados hacia el barco, y perpetuamente atentos, no sea que el capitán llame, y entonces debas dejar todas estas cosas, para no tener que ser llevado a bordo del barco, atado como una oveja; así también en la vida, si en lugar de una trufa o un marisco, se te concede algo como una esposa o un hijo, no hay inconveniente; pero si el capitán llama, corre al barco, deja todas estas cosas, y no mires nunca atrás. Pero si eres viejo, no te alejes nunca de la nave, no sea que faltes cuando te llamen.

10

VIII

Empieza: «No exijas que los acontecimientos sucedan como tú quieres; pero desea que sucedan como suceden, y te irá bien.»

No exijas que los acontecimientos sucedan como tú quieres; pero desea que sucedan como suceden, y te irá bien.

11

IX

Empieza: «La enfermedad es un impedimento para el cuerpo, pero no para la voluntad si no le agrada. La cojera es un impedimento...»

La enfermedad es un impedimento para el cuerpo, pero no para la voluntad si no le agrada. La cojera es un impedimento para la pierna, pero no para la voluntad; y dite esto con respecto a todo lo que sucede. Pues encontrarás que es un impedimento para otra cosa, pero no verdaderamente para ti mismo.

12

X

Empieza: «Ante cada accidente, acuérdate de volverte hacia ti mismo e indagar qué facultad tienes para su uso. Si te encuentras con una...»

Ante cada accidente, acuérdate de volverte hacia ti mismo e indagar qué facultad tienes para su uso. Si te encuentras con una persona guapa, encontrarás que la facultad necesaria es la continencia; si el dolor, la fortaleza; si la injuria, la paciencia. Y cuando estés así habituado, los fenómenos de la existencia no te abrumarán.

13

XI

Empieza: «Nunca digas de nada: "Lo he perdido", sino: "Lo he recuperado". ¿Ha muerto tu hijo? Está restaurado. ¿Ha muerto tu mujer? Está...»

Nunca digas de nada: "Lo he perdido", sino: "Lo he recuperado". ¿Ha muerto tu hijo? Está restaurado. ¿Ha muerto tu mujer? Está recuperada. ¿Te han quitado tu patrimonio? También se restablece. "Pero fue un hombre malo quien lo tomó". ¿Qué es para ti por cuyas manos el que lo dio lo ha vuelto a exigir? Mientras te permite poseerla, tenla como algo que no te pertenece, como hacen los viajeros en una posada.

14

XII

Empieza: «Si quieres mejorar, deja de lado razonamientos como éstos: "Si descuido mis asuntos, no tendré manutención; si no castigo a mi criado,...»

Si quieres mejorar, deja de lado razonamientos como éstos: "Si descuido mis asuntos, no tendré manutención; si no castigo a mi criado, no servirá para nada". Porque más vale morir de hambre, exento de penas y temores, que vivir en la opulencia con perturbación; y más vale que tu criado sea malo que tú infeliz.

Empieza, pues, por las cosas pequeñas. ¿Se derrama un poco de aceite o se roba un poco de vino? Dígase a sí mismo: "Este es el precio que se paga por la paz y la tranquilidad; y nada se ha de tener por nada". Y cuando llames a tu criado, considera que es posible que no acuda a tu llamada; o, si lo hace, que no haga lo que deseas. Pero no es en absoluto deseable para él, y muy indeseable para ti, que esté en su mano causarte alguna molestia.

15

XIII

Empieza: «Si quieres mejorar, conténtate con que te consideren tonto y aburrido en lo que respecta a lo externo. No desees que te...»

Si quieres mejorar, conténtate con que te consideren tonto y aburrido en lo que respecta a lo externo. No desees que te crean que sabes algo; y aunque a los demás les parezca que eres alguien, desconfía de ti mismo. Pues ten por seguro que no es fácil a la vez mantener tu voluntad en armonía con la naturaleza y asegurar lo externo; pero mientras estés absorto en lo uno, debes necesariamente descuidar lo otro.

16

XIV

Empieza: «Si deseas que tus hijos, tu mujer y tus amigos vivan eternamente, eres un insensato, pues deseas que estén en tu poder...»

Si deseas que tus hijos, tu mujer y tus amigos vivan eternamente, eres un insensato, pues deseas que estén en tu poder cosas que no lo están, y que lo que es de otros sea tuyo. De la misma manera, si deseas que tu siervo no tenga ninguna falta, eres un insensato, pues deseas que el vicio no sea vicio, sino otra cosa. Pero si deseas no ser defraudado en tus deseos, eso está en tu poder. Ejerce, pues, lo que está en tu poder. El maestro de un hombre es aquel que puede conferir o quitar lo que ese hombre busca o rehúye. Quien quiera, pues, ser libre, que no desee nada, que no rechace nada que dependa de otros; de lo contrario, será necesariamente un esclavo.

17

XV

Empieza: «Recuerda que debes comportarte como en un banquete. ¿Te traen algo? Extiende la mano y toma una parte moderada. ¿Pasa por tu...»

Recuerda que debes comportarte como en un banquete. ¿Te traen algo? Extiende la mano y toma una parte moderada. ¿Pasa por tu lado? No lo detengas. ¿Aún no ha llegado? No anheles desearlo, sino que espera a que te llegue. Lo mismo ocurre con los hijos, la esposa, el cargo, las riquezas; y alguna vez serás digno de festejar con los dioses. Y si ni siquiera tomas las cosas que se te proponen, sino que eres capaz incluso de renunciar a ellas, entonces no sólo serás digno de festejar con los dioses, sino también de gobernar con ellos. Porque, haciendo esto, Diógenes y Heráclito, y otros como ellos, se convirtieron merecidamente en divinos, y así fueron reconocidos.

18

XVI

Empieza: «Cuando veas a alguien llorar de pena, ya sea porque su hijo se ha marchado al extranjero o porque ha sufrido en...»

Cuando veas a alguien llorar de pena, ya sea porque su hijo se ha marchado al extranjero o porque ha sufrido en sus asuntos, procura no dejarte vencer por el mal aparente, sino discrimina y prepárate para decir: "Lo que le duele a este hombre no es este suceso en sí mismo -pues a otro hombre podría no dolerle-, sino el punto de vista que elige adoptar al respecto." En cuanto a la conversación, sin embargo, no desdeñes acomodarte a él y, si es necesario, gemir con él. Ten cuidado, sin embargo, de no gemir también interiormente.

19

XVII

Empieza: «Acuérdate de que eres un actor en un drama de la clase que el Autor elija: si es corto, entonces en uno...»

Acuérdate de que eres un actor en un drama de la clase que el Autor elija: si es corto, entonces en uno corto; si es largo, entonces en uno largo. Si le agrada que representes a un pobre, o a un lisiado, o a un gobernante, o a un ciudadano particular, procura que lo hagas bien. Porque esto es lo que te corresponde: actuar bien el papel dado, pero elegirlo pertenece a otro.

20

XVIII

Empieza: «Cuando un cuervo grazne desafortunadamente, no te dejes vencer por las apariencias, sino discrimina y di: "Nada se me presagia, ni a...»

Cuando un cuervo grazne desafortunadamente, no te dejes vencer por las apariencias, sino discrimina y di: "Nada se me presagia, ni a mi mísero cuerpo, ni a mi propiedad, ni a mi reputación, ni a mis hijos, ni a mi esposa. Pero para mí todos los presagios son afortunados si quiero. Porque todo lo que ocurra, me corresponde sacar provecho de ello".

21

XIX

Empieza: «Puedes ser inconquistable si no entras en ningún combate en el que no esté en tu mano vencer. Cuando, por tanto, veas...»

Puedes ser inconquistable si no entras en ningún combate en el que no esté en tu mano vencer. Cuando, por tanto, veas a alguien eminente en honores o poder, o en alta estima por cualquier otro motivo, ten cuidado de no dejarte desconcertar por las apariencias y de declararlo feliz; porque si la esencia del bien consiste en las cosas que están en nuestro propio poder, no habrá lugar para la envidia o la emulación. Pero, por tu parte, no desees ser general, ni senador, ni cónsul, sino ser libre; y el único camino para ello es el desprecio de las cosas que no están en nuestro poder.

22

XX

Empieza: «Acuérdate de que no es el que insulta o golpea, el que afrenta, sino el punto de vista que tenemos de estas...»

Acuérdate de que no es el que insulta o golpea, el que afrenta, sino el punto de vista que tenemos de estas cosas como insultantes. Cuando, por tanto, alguien te provoque, ten por seguro que es tu propia opinión la que te provoca. Procura, pues, en primer lugar, no dejarte desconcertar por las apariencias. Pues si una vez ganas tiempo y respiro, te dominarás más fácilmente.

2 3

XXI

Empieza: «Que la muerte y el destierro, y todas las demás cosas que parezcan terribles, estén cada día ante tus ojos, pero la...»

Que la muerte y el destierro, y todas las demás cosas que parezcan terribles, estén cada día ante tus ojos, pero la muerte principalmente; y nunca albergarás un pensamiento abyecto, ni codiciarás nada con demasiado afán.

24

XXII

Empieza: «Si tienes un deseo ferviente hacia la filosofía, prepárate desde el primer momento para que la multitud se ría y se mofe,...»

Si tienes un deseo ferviente hacia la filosofía, prepárate desde el primer momento para que la multitud se ría y se mofe, y diga: "Se nos ha vuelto filósofo de una vez"; y, "¿De dónde viene esa mirada de soberbia?" Ahora, por tu parte, no tengas una mirada arrogante, sino mantente firme en lo que te parezca mejor, como alguien designado por Dios para esta estación en particular. Porque recuerda que, si eres persistente, esas mismas personas que al principio te ridiculizaban te admirarán después. Pero si eres conquistado por ellos, incurrirás en un doble ridículo.

25

XXIII

Empieza: «Si alguna vez se te ocurre dirigir tu atención a lo externo, por el placer de alguien, ten por seguro que has...»

Si alguna vez se te ocurre dirigir tu atención a lo externo, por el placer de alguien, ten por seguro que has arruinado tu esquema de vida. Confórmate, pues, en todo, con ser un filósofo; y si quieres parecerlo igualmente a alguien, aparécelo a ti mismo, y te bastará.

26

XXIV

Empieza: «Que no te angustien consideraciones como éstas: "Viviré en el descrédito y no seré nadie en ninguna parte". Porque si el descrédito...»

Que no te angustien consideraciones como éstas: "Viviré en el descrédito y no seré nadie en ninguna parte". Porque si el descrédito es un mal, no puedes estar más envuelto en el mal por otro que en la bajeza. ¿Es, pues, asunto tuyo conseguir el poder o ser admitido en un espectáculo? En absoluto. ¿Cómo es entonces, después de todo, este descrédito? ¿Y cómo es cierto que no serás nadie en ninguna parte cuando deberías ser alguien sólo en aquellas cosas que están dentro de tu propio poder, en las que puedes ser de la mayor consecuencia? "Pero mis amigos no tendrán ayuda". ¿Qué quieres decir con "sin ayuda"? No tendrán dinero de ti, ni los harás ciudadanos romanos. ¿Quién te ha dicho, pues, que estas son las cosas que están en nuestro poder, y no los asuntos de otros? ¿Y quién puede dar a otro lo que él mismo no tiene? "Bien, pero consíguelos, entonces, para que nosotros también tengamos una parte". Si puedo obtenerlas con la preservación de mi propio honor, fidelidad y respeto a mí mismo, muéstrame el camino y las obtendré; pero si me exiges que pierda mi propio bien, para que tú puedas ganar lo que no es bueno, considera cuán irrazonable y necio eres. Además, ¿qué prefieres

tener, una suma de dinero o un amigo fiel y honorable? Antes, pues, de ayudarme a ganar este carácter que de exigirme que haga aquellas cosas por las que pueda perderlo. Bien, pero mi país, decís, en la medida en que depende de mí, estará sin asistencia. Aquí, de nuevo, ¿a qué asistencia te refieres? ¿No tendrá pórticos ni baños que tú le proporciones? ¿Y qué significa eso? Pues que ni un herrero la provee de zapatos, ni un zapatero de armas. Basta con que cada uno se ocupe plenamente de sus propios asuntos. Y si la proveyerais de otro ciudadano fiel y honorable, ¿no le sería útil? Sí. Por lo tanto, tampoco tú mismo le eres inútil. "¿Qué lugar, entonces", dices, "ocuparé en el Estado?" El que puedas ocupar con la conservación de tu fidelidad y honor. Pero si, por querer ser útil a aquél, pierdes éstos, ¿cómo podrás servir a tu patria si te has vuelto infiel y desvergonzado?

27

XXV

Empieza: «¿Se prefiere a alguien antes que a ti en un entretenimiento, o en las cortesías, o en las relaciones confidenciales? Si estas...»

¿Se prefiere a alguien antes que a ti en un entretenimiento, o en las cortesías, o en las relaciones confidenciales? Si estas cosas son buenas, debes alegrarte de que las tenga; y si son malas, no te apenes por no tenerlas. Y recuerda que no se te puede permitir rivalizar con otros en lo externo sin usar los mismos medios para obtenerlos. Pues, ¿cómo puede tener una parte igual con el que hace estas cosas quien no acude a la puerta de ningún hombre, no lo atiende, no lo alaba? Eres, pues, injusto e irrazonable si no estás dispuesto a pagar el precio por el que se venden estas cosas, y quieres tenerlas por nada. ¿Por cuánto se venden las lechugas? Un óbolo, por ejemplo. Si otro, entonces, pagando un óbolo, se lleva las lechugas, y tú, al no pagarlo, te quedas sin ellas, no te imagines que ha ganado alguna ventaja sobre ti. Porque así como él tiene las lechugas, tú tienes el óbolo que no diste. Así, en el presente caso, no has sido invitado a la diversión de tal persona porque no le has pagado el precio por el que se vende una cena. Se vende por alabanza; se vende por asistencia. Dale, pues, el valor si es para tu beneficio. Pero si al mismo tiempo no quieres pagar lo uno, y sin embargo recibir lo otro, eres irrazonable y necio. ¿No tienes nada,

entonces, en lugar de la cena? Sí, en efecto, tenéis: no alabar a quien no os gusta alabar; no soportar la insolencia de sus lacayos.

28

XXVI

Empieza: «La voluntad de la naturaleza puede aprenderse de cosas en las que todos estamos de acuerdo. Como cuando el hijo de nuestro...»

La voluntad de la naturaleza puede aprenderse de cosas en las que todos estamos de acuerdo. Como cuando el hijo de nuestro vecino ha roto una taza, o algo semejante, estamos dispuestos a decir de inmediato: "Son casualidades que sucederán"; tened, pues, la seguridad de que cuando vuestra propia taza se rompa igualmente, debéis sentiros afectados como cuando se rompió la de otro. Ahora aplica esto a cosas mayores. ¿Ha muerto el hijo o la esposa de otro? No hay nadie que no diga: "Esto es un accidente de la mortalidad". Pero si a alguien se le muere su propio hijo, inmediatamente dice: "¡Ay, qué desdichado soy!". Hay que recordar siempre cómo nos afecta oír lo mismo respecto a los demás.

29

XXVII

Empieza: «Como una marca no se establece para no alcanzar el objetivo, así tampoco existe la naturaleza del mal en el mundo.»

Como una marca no se establece para no alcanzar el objetivo, así tampoco existe la naturaleza del mal en el mundo.

XXVIII

Si una persona hubiera entregado tu cuerpo a algún transeúnte, ciertamente te enfadarías. ¿Y no sientes vergüenza al entregar tu propia mente a cualquier injuriador, para ser desconcertado y confundido?

30

XXIX

Empieza: «En cada asunto considera lo que precede y lo que sigue, y luego empréndelo. De lo contrario, comenzarás con ánimo, ciertamente, despreocupado...»

En cada asunto considera lo que precede y lo que sigue, y luego empréndelo. De lo contrario, comenzarás con ánimo, ciertamente, despreocupado de las consecuencias, y cuando éstas se desarrollen, desistirás vergonzosamente. "Yo conquistaría en los Juegos Olímpicos". Pero considera lo que precede y lo que sigue, y luego, si es para tu beneficio, emprende el asunto. Debes ajustarte a las reglas, someterte a una dieta, abstenerte de las delicadezas; ejercitar tu cuerpo, lo elijas o no, a una hora determinada, con calor y con frío; no debes beber agua fría, y a veces tampoco vino; en una palabra, debes entregarte a tu entrenador como a un médico. Entonces, en el combate, puedes ser arrojado a una zanja, dislocarte el brazo, torcerte el tobillo, tragar abundante polvo, recibir azotes [por negligencia] y, después de todo, perder la victoria. Cuando hayas calculado todo esto, si tu inclinación aún se mantiene, emprende el combate. De lo contrario, fíjate, te comportarás como los niños que a veces juegan a ser luchadores, a veces gladiadores, a veces tocan la trompeta y a veces representan una tragedia, cuando por casualidad han visto y admirado estos espectáculos. Así, tú también serás en un momento un luchador, y

en otro un gladiador; ahora un filósofo, ahora un orador; pero nada en serio. Como un mono, imitas todo lo que ves, y una cosa tras otra seguro que te gusta, pero queda fuera de lugar tan pronto como te resulta familiar. Porque nunca has entrado en nada con consideración; ni después de haber estudiado y probado todo el asunto, sino descuidadamente, y con un celo a medias. Así, algunos, cuando han visto a un filósofo y han oído hablar a un hombre como Éufrates -aunque, ciertamente, ¿quién puede hablar como él? Considera primero, hombre, cuál es el asunto, y lo que tu propia naturaleza es capaz de soportar. Si quieres ser un luchador, considera tus hombros, tu espalda, tus muslos; porque las diferentes personas están hechas para diferentes cosas. ¿Crees que puedes actuar como lo haces y ser un filósofo, que puedes comer, beber, enojarte, estar descontento, como lo estás ahora? Tienes que vigilar, tienes que trabajar, tienes que dominar ciertos apetitos, tienes que dejar a tus conocidos, ser despreciado por tu sirviente, que se rían de ti los que conoces; salir peor parado que otros en todo, en los cargos, en los honores, ante los tribunales. Cuando hayas considerado plenamente todas estas cosas, acércate, si te place, es decir, si, al separarte de ellas, tienes la intención de comprar serenidad, libertad y tranquilidad. Si no es así, no vengas aquí; no seas, como los niños, ahora un filósofo, luego un publicano, luego un orador, y luego uno de los oficiales del César. Estas cosas no son coherentes. Debes ser un solo hombre, ya sea bueno o malo. Debes cultivar tu propia razón o bien la externa; aplicarte a las cosas de dentro o de fuera, es decir, ser un filósofo o uno de la plebe.

31

XXX

Empieza: «Los deberes se miden universalmente por las relaciones. ¿Es cierto hombre tu padre? Esto implica cuidarlo, someterse a él en todo, recibir...»

Los deberes se miden universalmente por las relaciones. ¿Es cierto hombre tu padre? Esto implica cuidarlo, someterse a él en todo, recibir pacientemente sus reproches, su corrección. Pero es un mal padre. Entonces, ¿tu vínculo natural es con un buen padre? No, sino a un padre. ¿Es un hermano injusto? Pues conserva tu propia relación justa hacia él. No consideres lo que él hace, sino lo que tú debes hacer para mantener tu propia voluntad en un estado conforme a la naturaleza, pues otro no puede herirte si no te place. Entonces serás herido cuando consientas en ser herido. Así, pues, si te acostumbras a contemplar las relaciones de prójimo, de ciudadano, de comandante, podrás deducir de cada una los deberes correspondientes.

3 2

XXXI

Empieza: «Ten la certeza de que la esencia de la piedad hacia los dioses radica en esto: en formarte opiniones correctas respecto a...»

Ten la certeza de que la esencia de la piedad hacia los dioses radica en esto: en formarte opiniones correctas respecto a ellos, en cuanto a que existen y gobiernan el universo justamente y bien. Y fíjate en esta resolución, para obedecerlos, y ceder ante ellos, y seguirlos de buen grado en medio de todos los acontecimientos, como regidos por la más perfecta sabiduría. Porque así nunca encontrarás faltas en los dioses, ni los acusarás de descuidarte. Y no es posible que esto se afecte de otra manera que no sea apartándose de las cosas que no están dentro de nuestro propio poder, y haciendo que el bien o el mal consistan sólo en las que sí lo están. Porque si supones que otras cosas son buenas o malas, es inevitable que, cuando te decepcionen de lo que deseas o incurras en lo que quieres evitar, reproches y culpas a sus autores. Porque toda criatura está naturalmente formada para huir y aborrecer las cosas que parecen perjudiciales y lo que las causa; y para perseguir y admirar las que parecen beneficiosas y lo que las causa. Es impracticable, pues, que quien se supone perjudicado se alegre de la persona que, según piensa, le perjudica, así como es imposible alegrarse del propio perjuicio. De ahí también que un padre sea

injuriado por su hijo cuando no le imparte las cosas que le parecen buenas; y esto hizo que Polinices y Eteocles se enemistaran mutuamente: ese imperio les parecía bueno a ambos. Por este motivo, el agricultor injuria a los dioses; [y lo mismo hacen] el marinero, el comerciante o los que han perdido a su mujer o a su hijo. Porque donde está nuestro interés, allí también se dirige la piedad. De modo que quien se cuida de regular sus deseos y aversiones como debe, se cuida también de la piedad. Pero también incumbe a cada uno ofrecer libaciones y sacrificios y primicias, según las costumbres de su país, con pureza, y no con descuido ni negligencia; ni con avaricia, ni tampoco con extravagancia.

3 3

XXXII

Empieza: «Cuando recurras a la adivinación, recuerda que no sabes cuál será el suceso, y vienes a aprenderlo del adivino; pero de qué...»

Cuando recurras a la adivinación, recuerda que no sabes cuál será el suceso, y vienes a aprenderlo del adivino; pero de qué naturaleza es lo sabías antes de venir; al menos, si eres de mente filosófica. Porque si está entre las cosas que no están en nuestro poder, no puede ser de ninguna manera ni bueno ni malo. Por lo tanto, no lleves contigo al adivino ni el deseo ni la aversión -de lo contrario te acercarás a él temblando-, sino que primero entiende claramente que todo acontecimiento es indiferente y nada para ti, sea del tipo que sea; porque estará en tu mano hacer un uso correcto de él, y esto nadie puede impedirlo. Acude entonces con confianza a los dioses como tus consejeros; y después, cuando te den algún consejo, recuerda qué consejeros has asumido, y cuyo consejo desatenderás si lo desobedeces. Acude a la adivinación como lo prescribió Sócrates, en los casos en que toda la consideración se relaciona con el acontecimiento, y en los que no se ofrecen oportunidades mediante la razón o cualquier otro arte para descubrir el asunto en cuestión. Cuando, por lo tanto, es nuestro deber compartir el peligro de un amigo o de nuestro país, no debemos consultar al oráculo sobre si lo compartiremos con

ellos o no. Porque aunque el adivino nos advierta que los auspicios son desfavorables, esto no significa más que que se presagia la muerte o la mutilación o el exilio. Pero tenemos la razón dentro de nosotros; y nos dirige, incluso con estos riesgos, a permanecer junto a nuestro amigo y nuestro país. Atended, pues, al mayor adivino, el dios pitón, que una vez expulsó del templo a quien se desentendió de salvar a su amigo.

3 4

XXXIII

Empieza: «Comienza por prescribirte un carácter y una conducta que puedas conservar tanto a solas como en compañía.»

Comienza por prescribirte un carácter y una conducta que puedas conservar tanto a solas como en compañía.

Guarda casi siempre silencio, o habla sólo lo necesario y con pocas palabras. Podemos, sin embargo, entrar en el discurso con moderación a veces, cuando la ocasión lo requiera; pero que no se trate de ninguno de los temas comunes, como los gladiadores, o las carreras de caballos, o los campeones de atletismo, o la comida, o la bebida, los temas vulgares de la conversación, y especialmente no sobre los hombres, ya sea para culpar, o alabar, o hacer comparaciones. Si puedes, entonces, con tu propia conversación, lleva la de tu compañía a temas apropiados; pero si te encuentras entre extraños, guarda silencio.

No permitas que tu risa sea fuerte, frecuente o abundante.

Evita los juramentos, si es posible, por completo; en todo caso, en la medida de tus posibilidades.

Evita las diversiones públicas y vulgares; pero si alguna vez se te presenta la ocasión, mantén tu atención en el tramo, para no caer imperceptiblemente en la vulgaridad. Porque ten por seguro que si

una persona es tan pura, si su compañero se corrompe, el que conversa con él también se corromperá.

No proveas las cosas relacionadas con el cuerpo más allá de lo que requiere la necesidad absoluta, como la comida, la bebida, el vestido, la casa, el séquito. Pero deja de lado todo lo que mira hacia el espectáculo y el lujo.

Antes de casarte guárdate con toda tu capacidad de no tener relaciones ilícitas con las mujeres; pero no seas poco caritativo ni severo con los que son inducidos a ello, ni te jactes frecuentemente de que tú mismo haces lo contrario.

Si alguien te dice que cierta persona habla mal de ti, no te excuses de lo que se dice de ti, sino responde: "Ignoraba mis otras faltas, si no, no habría mencionado sólo éstas".

No es necesario que aparezcas a menudo en los espectáculos públicos; pero si alguna vez hay una ocasión propicia para que estés allí, no te muestres más solícito por ningún otro que por ti mismo, es decir, desea que las cosas sean sólo como son, y que sólo gane el mejor; porque así nada irá en tu contra. Pero abstente por completo de aclamaciones y burlas y de emociones violentas. Y cuando te vayas, no discutas mucho sobre lo que ha pasado y que no contribuye en nada a tu propia enmienda. Porque por tal discurso parecería que os habéis deslumbrado con el espectáculo.

No te apresures a asistir a los recitales privados; pero si asistes, conserva tu gravedad y dignidad, y evita, sin embargo, hacerte desagradable.

Cuando vayas a conferenciar con cualquier persona, y especialmente con alguien que parezca tu superior, represéntate

cómo se comportarían Sócrates o Zenón en tal caso, y no estarás en apuros para afrontar adecuadamente lo que pueda ocurrir.

Cuando vayas a presentarte ante alguien con poder, imagínate que no lo encontrarás en casa, que te dejarán fuera, que no te abrirán las puertas, que no se fijará en ti. Si, con todo esto, es tu deber ir, soporta lo que ocurra y nunca te digas: "No valía tanto"; porque esto es vulgar, y propio de un hombre desconcertado por lo externo.

En compañía, evita una mención frecuente y excesiva de tus propias acciones y peligros. Porque por muy agradable que sea para ti mismo aludir a los riesgos que has corrido, no es igualmente agradable para los demás escuchar tus aventuras. Evitad también el intento de provocar la risa, pues esto puede haceros caer fácilmente en la vulgaridad y, además, puede rebajaros en la estima de vuestros conocidos. También es peligroso acercarse a un discurso indecente. Por lo tanto, cuando ocurra algo de este tipo, aprovecha la primera oportunidad oportuna para reprender a quien se insinúa de esa manera, o, al menos, mediante el silencio, el rubor y una mirada seria, demuéstrate disgustado por tal conversación.

35

XXXIV

Empieza: «Si te deslumbra la apariencia de algún placer prometido, guárdate de que te desconcierte; pero deja que el asunto espere tu tiempo...»

Si te deslumbra la apariencia de algún placer prometido, guárdate de que te desconcierte; pero deja que el asunto espere tu tiempo libre, y procúrate algún retraso. Trae entonces a tu mente los dos puntos del tiempo -aquel en el que disfrutarás del placer, y aquel en el que te arrepentirás y te reprocharás, después de haberlo disfrutadoy pon delante de ti, en oposición a estos, cómo te alegrarás y te aplaudirás si te abstienes. Y aunque te parezca una gratificación oportuna, cuida de que sus tentaciones, atractivos y seducciones no te subyuguen, sino pon en oposición a esto cuánto mejor es tener conciencia de haber obtenido tan gran victoria.

36

XXXV

Empieza: «Cuando hagas algo por un juicio claro de que debe hacerse, no rehúyas nunca que te vean hacerlo, aunque el mundo lo...»

Cuando hagas algo por un juicio claro de que debe hacerse, no rehúyas nunca que te vean hacerlo, aunque el mundo lo malinterprete; pues si no actúas bien, rehúye la acción misma; si lo haces, ¿por qué temer a los que te censuran injustamente?

37

XXXVI

Empieza: «Como la proposición "o es de día o es de noche" tiene mucha fuerza en un argumento disyuntivo, pero ninguna en uno...»

Como la proposición "o es de día o es de noche" tiene mucha fuerza en un argumento disyuntivo, pero ninguna en uno conjuntivo, así, en un banquete, elegir la mayor parte es muy adecuado al apetito corporal, pero totalmente inconsistente con el espíritu social del entretenimiento. Recuerda, pues, cuando comas con otro, no sólo el valor para el cuerpo de las cosas que se te ponen delante, sino también el valor de la debida cortesía hacia tu anfitrión.

3 8

XXXVII

Empieza: «Si has asumido algún carácter más allá de tus fuerzas, te has rebajado mal en eso y has dejado uno que podrías...»

Si has asumido algún carácter más allá de tus fuerzas, te has rebajado mal en eso y has dejado uno que podrías haber apoyado.

39

XXXVIII

Empieza: «Así como al caminar te cuidas de no pisar un clavo, ni de girar el pie, así también cuídate de no herir...»

Así como al caminar te cuidas de no pisar un clavo, ni de girar el pie, así también cuídate de no herir la facultad rectora de tu mente. Y si nos guardáramos de esto en cada acción, entraríamos en acción con más seguridad.

40

XXXIX

Empieza: «El cuerpo es para cada uno la medida adecuada de sus posesiones, como el pie lo es del zapato. Si, por tanto,...»

El cuerpo es para cada uno la medida adecuada de sus posesiones, como el pie lo es del zapato. Si, por tanto, te detienes en ella, mantendrás la medida; pero si te mueves más allá de ella, debes necesariamente ser llevado hacia adelante, como por un precipicio; como en el caso de un zapato, si vas más allá de su adecuación al pie, viene primero a ser dorado, luego púrpura, y después tachonado de joyas. Porque lo que sobrepasa la medida adecuada no tiene límite.

41

XL

Empieza: «Las mujeres a partir de los catorce años son halagadas por los hombres con el título de amantes. Por lo tanto, al...»

Las mujeres a partir de los catorce años son halagadas por los hombres con el título de amantes. Por lo tanto, al percibir que sólo se las considera calificadas para dar placer a los hombres, comienzan a adornarse y a depositar en ello todas sus esperanzas. Vale la pena, pues, intentar que se perciban honradas sólo en la medida en que se muestren bellas en su porte y modestamente virtuosas.

42

XLI

Empieza: «Es una marca de falta de intelecto gastar mucho tiempo en cosas relacionadas con el cuerpo, como ser inmoderado en los ejercicios,...»

Es una marca de falta de intelecto gastar mucho tiempo en cosas relacionadas con el cuerpo, como ser inmoderado en los ejercicios, en comer y beber, y en el cumplimiento de otras funciones animales. Estas cosas deben hacerse incidentalmente y nuestra fuerza principal debe aplicarse a nuestra razón.

43

XLII

Empieza: «Cuando alguna persona hace mal por ti, o habla mal de ti, recuerda que actúa o habla desde la impresión de que...»

Cuando alguna persona hace mal por ti, o habla mal de ti, recuerda que actúa o habla desde la impresión de que es correcto que lo haga. Ahora bien, no es posible que siga lo que a ti te parece correcto, sino sólo lo que a él mismo le parece. Por lo tanto, si juzga a partir de falsas apariencias, él es la persona perjudicada, ya que él también es la persona engañada. Pues si alguien toma como falsa una proposición verdadera, no se perjudica la proposición, sino que sólo se engaña el hombre. Partiendo, pues, de estos principios, soportarás mansamente a una persona que te injuria, pues dirás en cada ocasión: "Así le pareció."

44

XLIII

Empieza: «Todo tiene dos asas: una por la que se puede soportar, otra por la que no. Si tu hermano actúa injustamente, no...»

Todo tiene dos asas: una por la que se puede soportar, otra por la que no. Si tu hermano actúa injustamente, no agarres el asunto por el asidero de su injusticia, pues por éste no se puede soportar, sino por el contrario: que es tu hermano, que se ha criado contigo; y así lo agarrarás como se debe soportar.

45

XLIV

Empieza: «Estos razonamientos no tienen ninguna conexión lógica: "Soy más rico que tú, por lo tanto soy tu superior". "Soy más elocuente que...»

Estos razonamientos no tienen ninguna conexión lógica: "Soy más rico que tú, por lo tanto soy tu superior". "Soy más elocuente que tú, por lo tanto soy tu superior". La verdadera conexión lógica es más bien ésta: "Soy más rico que tú, por lo tanto mis posesiones deben superar las tuyas". "Soy más elocuente que tú, por lo tanto mi estilo debe superar al tuyo". Pero usted, después de todo, no consiste ni en la propiedad ni en el estilo.

46

XLV

Empieza: «¿Se baña alguien apresuradamente? No digáis que lo hace mal, sino que lo hace apresuradamente. ¿Bebe alguien mucho vino? No digas que...»

¿Se baña alguien apresuradamente? No digáis que lo hace mal, sino que lo hace apresuradamente. ¿Bebe alguien mucho vino? No digas que lo hace mal, sino que bebe mucho. Porque si no entiendes perfectamente sus motivos, ¿cómo vas a saber si actúa mal? Así no te arriesgarás a ceder a otras apariencias que no sean las que comprendas plenamente.

47

XLVI

Empieza: «No te proclames nunca filósofo, ni hables mucho entre los ignorantes de tus principios, sino demuéstralos con hechos. Así, en un espectáculo,...»

No te proclames nunca filósofo, ni hables mucho entre los ignorantes de tus principios, sino demuéstralos con hechos. Así, en un espectáculo, no discutas cómo debe comer la gente, sino come como debes hacerlo tú. Porque recuerda que así también Sócrates evitaba universalmente toda ostentación. Y cuando las personas venían a él y deseaban que les presentara a los filósofos, los tomaba y los presentaba; así de bien soportaba que lo pasaran por alto. Por eso, si alguna vez hay entre los ignorantes alguna discusión de principios, guarda la mayor parte del tiempo silencio. Porque hay un gran peligro en arrojar precipitadamente lo que no se ha digerido. Y si alguien te dice que no sabes nada, y no te molesta, entonces puedes estar seguro de que realmente has entrado en tu trabajo. Porque las ovejas no vomitan apresuradamente la hierba para mostrar a los pastores cuánto han comido, sino que, digiriendo interiormente su alimento, lo producen exteriormente en lana y leche. Así, pues, no hagáis una exhibición ante los ignorantes de vuestros principios, sino de las acciones a que da lugar su digestión.

4 8

XLVII

Empieza: «Cuando hayas aprendido a alimentar tu cuerpo frugalmente, no te compadezcas de ello; ni, si bebes agua, estés diciendo en cada ocasión:...»

Cuando hayas aprendido a alimentar tu cuerpo frugalmente, no te compadezcas de ello; ni, si bebes agua, estés diciendo en cada ocasión: "Bebo agua." Pero considera primero cuánto más frugales son los pobres que nosotros, y cuánto más pacientes con las dificultades. Si en algún momento quieres someterte por medio del ejercicio a trabajos y privaciones, por tu propio bien y no por el público, no intentes grandes hazañas; pero cuando tengas una sed violenta, simplemente enjuágate la boca con agua, y no se lo digas a nadie.

4 9

XLVIII

Empieza: «La condición y característica de una persona vulgar es que nunca busca ni ayuda ni daño en sí mismo, sino sólo en...»

La condición y característica de una persona vulgar es que nunca busca ni ayuda ni daño en sí mismo, sino sólo en lo externo. La condición y característica de un filósofo es que busca en sí mismo toda ayuda o daño. Las marcas de un experto son que no censura a nadie, no alaba a nadie, no culpa a nadie, no acusa a nadie; no dice nada sobre sí mismo como si fuera alguien o supiera algo. Cuando se ve obstaculizado o frenado en algún caso, se acusa a sí mismo; y si se le elogia, se sonríe a sí mismo de la persona que le elogia; y si se le censura, no hace ninguna defensa. Pero va con la cautela de un convaleciente, cuidadoso de interferir en todo lo que va bien pero aún no está del todo seguro. Refrena el deseo; traslada su aversión sólo a aquellas cosas que frustran el buen uso de nuestra propia voluntad; emplea sus energías moderadamente en todas las direcciones; si parece estúpido o ignorante, no le importa; y, en una palabra, se vigila a sí mismo como a un enemigo y a uno en emboscada.

50

XLIX

Empieza: «Cuando alguien se muestre vanidoso en poder entender e interpretar las obras de Crisipo, dígase a sí mismo: "Si Crisipo no hubiera...»

Cuando alguien se muestre vanidoso en poder entender e interpretar las obras de Crisipo, dígase a sí mismo: "Si Crisipo no hubiera escrito de forma oscura, esta persona no tendría nada de qué envanecerse. Pero, ¿qué es lo que deseo? Entender la naturaleza y seguirla. Pregunto, pues, quién la interpreta; y oyendo que Crisipo lo hace, recurro a él. No entiendo sus escritos. Busco, pues, a alguien que los interprete". Hasta aquí no hay nada que me valga. Y cuando encuentro un intérprete, lo que queda es hacer uso de sus instrucciones. Sólo esto es lo valioso. Pero si admiro meramente la interpretación, ¿en qué me convierto más que en un gramático, en lugar de un filósofo, salvo, en efecto, que en lugar de Homero interpreto a Crisipo? Por lo tanto, cuando alguien desea que le lea a Crisipo, más bien me sonrojo cuando no puedo exhibir acciones que sean armoniosas y consonantes con su discurso.

51

L

Empieza: «Cualesquiera que sean las reglas que hayas adoptado, cúmplelas como leyes, y como si fueras impío si las transgredieras; y no te...»

Cualesquiera que sean las reglas que hayas adoptado, cúmplelas como leyes, y como si fueras impío si las transgredieras; y no te fijes en lo que digan de ti, pues esto, al fin y al cabo, no es asunto tuyo. ¿Cuánto tiempo, pues, tardarás en exigirte las mejoras más nobles, y en ningún caso en transgredir los juicios de la razón? Has recibido los principios filosóficos con los que deberías estar familiarizado; y has estado familiarizado con ellos. ¿Qué otro maestro, entonces, esperas como excusa para este retraso en la auto-reformación? Ya no eres un niño, sino un hombre adulto. Si, por lo tanto, eres negligente y perezoso, y siempre añades procrastinación a la procrastinación, propósito a propósito, y fijas día tras día en que te atenderás a ti mismo, insensiblemente seguirás sin lograr nada y, viviendo y muriendo, seguirás siendo de mente vulgar. En este instante, pues, considérate digno de vivir como un hombre maduro y competente. Que lo que te parezca mejor sea para ti una ley inviolable. Y si se te presenta algún caso de dolor o de placer, de gloria o de desgracia, recuerda que ahora es el combate, ahora es la Olimpiada, y no se puede aplazar; y que por un fracaso y una derrota se puede perder o ganar el honor. Así

se perfeccionó Sócrates, mejorándose en todo, siguiendo sólo la razón. Y aunque tú no seas todavía un Sócrates, debes, sin embargo, vivir como quien busca ser un Sócrates.

5 2

LI

Empieza: «El primer y más necesario tema de la filosofía es la aplicación práctica de los principios, como "No debemos mentir"; el segundo...»

El primer y más necesario tema de la filosofía es la aplicación práctica de los principios, como "No debemos mentir"; el segundo es el de las demostraciones, como "Por qué no debemos mentir"; el tercero, el que da fuerza y conexión lógica a los otros dos, como "Por qué esto es una demostración". Porque, ¿qué es una demostración? ¿Qué es una consecuencia? ¿Qué es una contradicción? ¿Qué verdad? ¿Qué falsedad? El tercer punto es, pues, necesario a causa del segundo; y el segundo a causa del primero. Pero el más necesario, y en el que deberíamos apoyarnos, es el primero. Pero hacemos justo lo contrario. Porque gastamos todo nuestro tiempo en el tercer punto y empleamos toda nuestra diligencia en él, y descuidamos completamente el primero. Por eso, al mismo tiempo que mentimos, estamos muy dispuestos a mostrar cómo se demuestra que mentir es malo.

En todas las ocasiones debemos tener a mano estas máximas:

Condúceme, Zeus, y tú, oh Destino,

Dondequiera que vuestros decretos hayan fijado mi suerte.

Te sigo alegremente; y, no lo hice,

malvado y desdichado, debo seguir aún.

Quien se somete al destino es considerado

Sabio entre los hombres, y conoce las leyes del Cielo.

Y esta tercera:

"Oh, Crito, si así les gusta a los dioses, que así sea".

"Anytus y Melitus pueden matarme, pero no pueden herirme".

5 3

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Empieza: «»

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Epicteto y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗